

Dionisio de Hère, Pinnoy, Le Meneur, Fortin, Godard, de Moussy, Tournebec, Gillot, Forget, du Puy, Hérivaux.

Bussy-Leclerc no cabía en sí de gusto: su muger había duplicado los precios de su arancel, y contaba contra los recalitrantes con su antiguo argumento del calabozo, argumento decisivo, porque no había uno solo de aquellos personajes que no supieran lo que eran los calabozos de la Bastilla, por haber llegado á menudo hasta sus oídos las quejas y lamentaciones de las víctimas encerradas en ellos; y si habían sido ántes sordos á esos gritos de dolor, entónces los recordaban con espanto.

Leclerc, demasiado comprometido para no aprovechar la ocasion, era incesante, y cuantas peticiones, súplicas y reclamaciones se le hacían sin el apoyo de alhajas, prendas ó valores corrientes, eran desapiadadamente desatendidas.

Antes de un mes todos los diamantes y joyas de Mad. Thou habían pasado á manos de la Leclerc. La muger del digno magistrado, que no podía soportar la idea de que careciera su marido de lo mas necesario, solicitó entónces ser puesta en libertad para proporcionarse recursos, ya fuese pidiendo prestado, ya vendiendo parte de sus bienes.

—Consiento en dejaros salir,—le dijo Bussy-Leclerc, que mandaba sin oposicion;—pero debo advertiros que no fio: los reglamentos concernientes á esta materia son en extremo severos; y si Mr. Thou no tiene con que pagar.... lo sentiré mucho.... pero ese es el destino de los calabozos.

Escusado es manifestar que los tales reglamentos eran obra del zorro que los citaba; pero como estaba en disposicion de darles cumplimiento, toda consideracion desaparecia ante esa. Mad. de Thou lo comprendió, y el precio de la mitad de sus bienes cayó en las garras del ávido y audaz gobernador, que amontonó en poco tiempo grandes riquezas, sin volverse mas tratable por eso, si bien es cierto que tenía á la vez que enriquecerse y que vengarse. Sus mismos reglamentos, que por desgracia no se han conservado, se ejecutaban con un rigor que le valió el apodo de *Gran penitenciario de la Bastilla*, lo cual le importaba poco. Retuvo de propia autoridad á casi todos sus presos hasta la muerte de Enrique III, y no los soltó, despues de tal acontecimiento, sino mediante rescates enormes, importando el del primer presidente de Harlay cuarenta mil libras.

Tenemos que ocuparnos ahora del fallecimiento de Enrique III, por haber provenido del golpe que se le dirigió de la Bastilla.

Entre los ligados mas escaltados figuraban entónces en Paris un fraile dominico llamado Santiago Clement. “No tenía mas que veintidos años,” dice Anquetil; “era ignorante, grosero, libertino; hacia gala de su valor, repitiendo sin cesar que era preciso esterminar á todos los hereges.” Tomó por último la resolucion de asesinar al rey, y lo comunicó al consejo de los Diez y seis, cuya aprobacion obtuvo. La duquesa de Montpensier, que había visto sus favores desdeñados por Enrique III, se había convertido en su mas implacable enemiga, porque hay ultrajes que una muger no perdona nunca; y habiendo oido hablar del

frailecito, á quien no se llamaba ya sino el *Capitan Clement*, á causa de su carácter belicoso, quiso verlo. ¿Qué pasó en la entrevista que tuvieron? Nadie lo ha sabido. Lo que hay de positivo es, que al salir de la cita, estaba Santiago mas determinado que nunca á matar á Enrique III; mas para conseguirlo era preciso acercarse á ese monarca, que reunido al rey de Navarra se encontraba entónces en San Cloud. En eso estribaba la dificultad, y Bussy-Leclerc la allanó.

Ya se deja entender que á un hombre de la calaña de maese Leclerc, que está en la posicion en que él se hallaba, no le faltan servidores ni espías. Entre los que lo eran del ex-procurador, se contaba el capellan de la Bastilla, á quien había hecho las mas deslumbradoras promesas. De Harlay, que había comprado muy caro el permiso de oír misa diaria, había cobrado aficion al capellan, el cual afectaba participar de sus opiniones y sentimientos. Leclerc consentía en que se viesen á menudo.

Un dia dijo el capellan á de Harlay que se había formado un partido poderoso para meter al rey en su capital: que todo estaba arreglado; y que no se paraban mas que por la dificultad de que un enviado se abocara con él.

—Una carta del primer presidente,—agregó,—allanaría todos los obstáculos: el rey vería y reconoceria con júbilo la letra del eminente magistrado que sufre con tanta resignacion por serle fiel: daría audiencia al enviado, y se aseguraria así el buen éxito de la empresa.

El primer presidente prometió la carta, que en efecto escribió y dió. Dos horas despues se presentaba Bussy-Leclerc al consejo con aquel documento.

—¿Qué sucede por fin con Santiago Clement?—preguntó.

—Que le faltan los medios de ejecutar su proyecto.

—Le faltaban; pero no le faltan ya. Aquí tengo una carta dirigida al Valois por de Harlay, cuya letra y adhesion le son conocidas. Con tal documento, el fraile no puede encontrar obstáculo grave: que parta, pues.

El consejo consultó al duque de Mayena, que aprobó todo lo hecho, si bien calculó que faltaba algo que practicar, y mandó prender á cien de los principales vecinos de Paris, para que sirvieran de rehenes y respondieran de la vida del piadoso monge, que tenía tan ardiente sed de sangre.

A Bussy-Leclerc pareció la precaucion tanto mas ingeniosa, cuanto que se adjudicaba de antemano los cien presos, excelente especulacion que no podía menos de hacer subir la tarifa de su consorte.

Al siguiente dia, reunido el consejo de los Diez y seis, se supo lo ocurrido en San Cloud: Enrique III había muerto, y su asesino había sido hecho pedazos.

—Eso supuesto, no suelto los prisioneros,—dijo Leclerc.

—Al contrario,—contestó el duque de Mayena, que acababa de entrar:—al punto á que han llegado las cosas, lo mas juicioso es ponerlos en libertad. Eso no puede ménos de aumentar el número de nuestros partidarios, y necesitamos

que crezcan, en razon de que el navarro ha recibido la salutacion de rey en San Cloud, y se dispone á cercar á Paris.

El gobernador de la Bastilla hizo un gesto feísimo al oír estas palabras; pero una idea que le ocurrió lo consoló súbitamente: En la misma noche hizo comparecer en su presencia, uno tras otro, á los cien presos, que contentísimos con salir del paso á costa del dinero, pagaron el rescate que les escigió.

En fin, la fortuna se cansó de favorecer al ex-procurador, y le volvió la espalda de la siguiente manera.

Hemos dicho ya que el presidente de birrete Brisson, despues de aceptar la primera presidencia para salir en libertad, se habia apresurado á protestar ante notario contra la violencia sufrida, lo cual habia irritado mucho á Bussy-Leclerc, que consideraba le habian robado la pension y rescate que hubiera podido sacar de aquel preso, y que habia jurado vengarse. Para lograrlo, se presentó un día al consejo superior, que se denominaba de los Doce, al que manifestó que se estaba resfriando el zelo de los ligados, y que seria conveniente renovar el juramento de la liga en una proclama publicada á son de trompa: que para esa publicacion se necesitaba el consentimiento de todos los miembros de los consejos de los Doce y de los Diez y seis; y que él estaba encargado de tomarles juramento á los primeros, sin perjuicio de sujetar luego á la revision el documento redactado por los segundos.

Pusiéronse las firmas al pié de una hoja de papel blanco, y Leclerc se retiró; solo que en vez de una proclama, lo que escribió arriba de las firmas fué una triple sentencia de muerte, en la que se condenaba al primer presidente Brisson, de quien ya hemos hablado, á Claudio Larcher y á Juan Tardif, á ser ahorcados sin otra forma de proceso.

Ejecutóse aquel espantoso fallo, y, ¡cosa increíble! los miembros de los dos consejos no se dieron por ofendidos al principio; pero si la esplosion se hizo esperar, no fué por eso ménos violenta. La indignacion de los hombres de bien escitó la de los apocados, y se levantó una grita, un clamor inusitado. En vano Bussy-Leclerc y sus cómplices pusieron todo en juego para conjurar la tempestad: esta crecia á cada paso, y nada podia ya estorbar que estallase.

Viéndose perdidos los culpables, imaginaron escribir al rey de España, para ofrecerle la corona de Francia, que se comprometian á ponerle en la cabeza, con tal de que los auxiliara prontamente; pero la carta fué interceptada y llevada al duque de Mayenna, que estaba entónces á la cabeza del ejército en las cercanías de Soissons.

El duque vuelve á Paris: Bussy-Leclerc, instruido de su llegada, se refugia en la Bastilla: sus cómplices toman la huida. El ex-procurador comprendió entónces que los dias de su poder habian pasado, sin dejar por tal motivo de hacer frente á la borrasca, á fin de obtener condiciones mas favorables.

El duque manda avanzar tropas: se asestan contra la Bastilla todos los cañones que se encuentran en el arsenal.

Acaso estos preparativos no hubieran domado la audacia de Bussy-Leclerc pobre; pero Bussy-Leclerc rico queria ante todo, sobre todo, conservar sus riquezas. Entabló, pues, negociaciones; y habiendo logrado salir de la fortaleza, salvando la vida y llevándose cuanto llamaba suyo, alquiló una casa por ahí cerca, á la que hizo trasladar sus tesoros, y entregó la Bastilla.

Apénas se habian cumplido las condiciones de la capitulacion, cuando el duque de Guíena se sintió humillado por haber tratado de igual á igual con un aventurero, y dió orden de apoderarse de su persona. Leclerc, empero, estaba en acecho, pues aquellos dos hombres, que no valian mas uno que otro, se habian adivinado. El ex-procurador habia tomado á sueldo cierto número de espadachines, que sostuvieron en su casa una especie de sitio, miéntras él se evadía por la azotea. Así escapó de la muerte, aunque perdiendo todo el fruto de sus rapiñas, viéndose obligado para subsistir, á volver en Flándes, á donde se habia retirado, á su antiguo oficio de maestro de esgrima.

A Bussy-Leclerc sucedió, como gobernador de la Bastilla, Trémont, uno de los edecanos del duque de Mayenna, y duró muy poco allí, sustituyéndolo Dubourg-Lespinasse, hombre de resolucion, que ha merecido por su valor un lugar en la historia.

A consecuencia de la traicion de Brissac y algunos otros, habia entrado Enrique IV en Paris el 22 de Mayo de 1594: para ser completamente dueño de la capital, no le faltaba mas que tomar la Bastilla; y aunque era demasiado escasa la guarnicion de la fortaleza, no ignoraba el rey que defendida por un hombre de inteligencia y valor, podia destruir la mitad de Paris ántes de ser tomada.

A toda costa era preciso evitar tan horrorosa catástrofe. Enrique IV, que acababa de comprar Paris, juzgó que no le seria difícil comprar la Bastilla, y envió á de Vic á entrar en tratos con el gobernador.

Dubourg-Lespinasse escuchó á de Vic, haciéndose violencia para no violar las leyes de la guerra, que escigen que todo parlamentario sea respetado. Sin embargo, cuando lo hubo oido, cuando supo que Enrique IV lo habia creído capaz de venderse, estalló su indignacion: fuera de sí, dijo que no perdonaria nunca ese insulto, que le sobraba pólvora para hacer saltar la fortaleza y sepultarse bajo sus ruinas, y que eso era cuanto necesitaba.

Cuando el monarca recibió la respuesta, se llenó de admiracion, por ser Dubourg-Lespinasse un oficial aventurero, es decir, un hijo del pueblo, sin mas bienes que su espada.

—Es un valiente,—esclamó,—de los que quisiera tener muchos á mi servicio! Por desgracia ese es oro que no abunda.... Bueno será sin embargo no escaspar á ese gobernador, que me debe el concepto de ser hombre capaz de hacer lo que dice: hay que tomar otro camino mas suave.

Al siguiente día recibió Dubourg-Lespinasse otro parlamentario, que le habló así:

—El rey, para probaros cuanto os estima, precisamente por vuestra resisten-

cia, os propone que enviéis al duque de Mayenna uno de vuestros oficiales, provisto de un salvo-conducto para pasar por entre las tropas reales sin ser inquietado. Hasta que esté de vuelta, el rey, que sabe que careceis de pan, os proveerá de toda clase de víveres en abundancia, pues no puede permitir que tropa tan valiente carezca de lo necesario. No por eso os pide nada, y consiente en que lo tengais por enemigo y esteis con toda vigilancia, con solo la condicion de que á la vuelta de vuestro enviado obedezcais al duque de Mayenna, que en nada puede de hecho favoreceros.

Dubourg-Lespinasse aceptó esta leal propuesta, y el duque de Mayenna, que no podia socorrerlo, lo autorizó á entregar la Bastilla. Capituló, pues, y por mas que Enrique IV le ofreció riquezas y dignidades, nada admitió, contentándose con salir con los honores de la guerra, segun lo estipulado, y con ser conducido hasta la primera plaza de las que seguian aún el partido de la Liga, como se efectuó religiosamente.

VII.

La Bastilla en tiempo de Enrique IV.—El mariscal de Biron.—La mariscal de Ancre acusada de magia.—De Luynes y Bassompierre.—El príncipe de Condé en la Bastilla.
—El cardenal de Richelieu.

Preciso es hacer á Enrique IV la justicia de que, dueño de la Bastilla, no pensó en convertir esta fortaleza en instrumento de despotismo, lo cual es tanto mas notable, cuanto que aquel príncipe, tan alabado por la mayor parte de los historiadores, no era ni sensible, ni bueno, ni clemente, si bien se recomendaba por su talento y por cierta rectitud de juicio. Aunque no tenia mas que esas buenas cualidades, era mucho para su época.

Enrique IV, como para purificar la Bastilla, le dió por gobernador á Sully, quien si no merece la reputacion de capacidad que se le ha dado, no dejaba por eso de ser una verdadera notabilidad en su tiempo.

La Bastilla no fué, pues, entónces una prision de Estado, aunque continuó sirviendo de cárcel, y la diferencia es tan pequeña, que casi no se apercibe.

El primer preso encerrado en la Bastilla bajo Enrique IV, fué Carlos de Gou-

taut de Biron, hijo de Armando de Goutaut, señor y baron de Biron. Carlos habia nacido en 1562: su abuelo habia muerto en la batalla de San Quintin: su padre, gran maestre de artillería y mariscal de Francia, á quien poco faltó para ser una de las víctimas del dia de San Bartolomé, habia abrazado con ardor la causa de Enrique IV.

La educacion del jóven Biron fué la que se daba entónces á los grandes señores, es decir, enteramente guerrera. No salia aún de la adolescencia, cuando fué por primera vez á campaña á las órdenes de su padre en la expedicion de Guiena, y desplegó desde luego tan gran valor, tan prodigiosa inteligencia del arte de la guerra, que se pudo preveer cuán altos destinos le estaban reservados. Abrazó como su padre el partido de Enrique de Navarra, combatió á sus órdenes, se cubrió de gloria en las batallas de Arques y de Ivry, en los sitios de Ruan y de Paris, y pronto fué proclamado su nombre por el pueblo y el ejército como el de uno de los primeros capitanes de su tiempo.

A ejemplo de su soberano, abjuró Biron el protestantismo, y se hizo católico. La conversion se efectuó fácilmente y sin el menor esfuerzo, "en virtud," dice un historiador, "de que Biron era soldado ante todo: no entendia palabra de teología y habia vivido hasta entónces en la mas completa ignorancia de los principios de su propia religion, al extremo de que le hubiera sido imposible decir "en qué se diferenciaba del catolicismo, de suerte que no tuvo que abjurar sus creencias, sino solamente las que se le atribuian, de las que poco se curaba "por no comprenderlas bien."

Tal es en efecto el juicio que se puede formar de la mayor parte de los militares que figuraron en aquel periodo: valientes hasta la temeridad; pero sin pizca de lógica, los cuales se batian, no en defensa de un principio, sino únicamente por batirse y por adquirir ese título de *victoriosos*, que Enrique IV mismo calificaba de superior á todos los otros. Los talentos y adhesion de Biron no podian ménos de ser dignamente apreciados por el monarca, que lo hizo su amigo y lo colmó de bienes y honores, nombrándolo sucesivamente mariscal de campo, teniente general, almirante de Francia, al propio tiempo que su baronía se erigia en ducado.

Aquella estimacion del soberano á su favorito llegó á tal grado, que un dia que fueron los regidores de Paris á complimentarlo por varios triunfos que acababa de alcanzar, les contestó:

"Os agradezco vuestros buenos sentimientos; pero no hay que olvidar que "esas cosas no las hago yo solo, y que en gran parte se deben á este hombre que "me complazco en elogiar ante amigos y enemigos."

Y al hablar así, tomó afectuosamente de la mano á Biron, que estaba á su lado.

Por desgracia Biron, segun hemos dicho, no poseia mas que las cualidades de guerrero: las de político le faltaban completamente: tenia un amor propio exagerado, carecia de prudencia, y teia una idea tan abultada de su mérito, que miraba los favores y la amistad del rey como recompensas demasiado pequeñas.